

RECUERDOS NO SIEMPRE CUERDOS

(FRAGMENTO)

Descubridores de América

A mi familia le atraía fuerte la política. De hecho, mis abuelos se habían venido a Chile ahídos del autoritarismo que dominaba a España. Jamás cayeron en la torpeza de creer que *la política* es necesariamente turbia, sucia, corrupta. Si yo aprendí la libertad como un nombre de epopeya, para ellos fue un modo de bautizar sus esperanzas. Querían ser libres, no como gracia, ni como un don ocasional, que cae de arriba.

La libertad por dentro, la que permanece en el alma contra viento y marea, había sido su último reducto allá. Mi padre aprendió a usarlo en el régimen de Ibáñez. Fue miembro del partido radical. Mi madre también, sin carné. Ser radical suponía inquietudes sociales, tolerancia, progresismo, respeto a la dignidad ajena.

Y, sobre todo y en todo, libertad.

Me gusta imaginar a mis abuelos llegando de España. Veo desde sus ojos la Cordillera, el campo, a los chilenos de aquel tiempo. ¿Cómo habrán ido incorporándose a ese pueblo entonces ajeno a la soberbia, acogedor? ¿Cómo y por qué partieron a instalarse en un país que para un europeo del siglo XIX o comienzos del XX era casi inhallable en el mapa de América? Y dentro de él, ¿qué los llevó a aconchar en el rincón perdido que era Talca? ¿Cuántos inmigrantes compartieron en aquella época su experiencia de aprensión, incertidumbre, encuentro con una patria nueva?

Aunque la decisión de emigrar viniera de antes, pienso que, ya aquí, debieron de fascinarles la tierra, la paz, esa llaneza de las personas, que yo mismo conocí de niño. No sé qué dirán las estadísticas: la sensación es que, por aquellos años, miles de extranjeros se *casaron* con Chile. Fue un amor espontáneo. Pude palparlo en abuelos, tíos, conocidos. Amor: no ese cariño de parientes que algunos tienen por su país. Amor enamorado, que descubre y se asombra con lo que ama. Nacer en una tierra y quererla porque ahí se nació, equivale apenas a “ser de la familia”. Llegar de fuera, en cambio, echar raíces, es igual que ennoviarse con el país y desposarlo.

Creo que el patriotismo de mi familia actual es hijo del patriotismo adoptivo de ellos. Con el tiempo me enteré —y aún hoy me enorgullece— de cuán libre fue mi padre interiormente mientras el Caballo dominó al país. Tenía treinta y tantos años. Su rebeldía asomó, al comienzo, en ingenuas travesuras subversivas. Repartía panfletos furtivamente. Rayaba consignas en las paredes: “Libertad”, “Fuera el tirano”. Iba a unas reuniones prohibidas donde la sedición consistía en conversar sobre ideas políticas. O sobre ideas, simplemente: como en cualquier dictadura, las ideas formaban parte de la subversión.

Cuando empezó a tambalear el régimen, él y otros insurrectos salían a la calle a “torear pacos”. Metían algo de boche —según él, “revolvían el gallinero”—, esperaban que la policía viniera a reprimir el disturbio:

—¡Abajo Ibáñez! —gritaban entonces, y huían a perderse, hasta la próxima.

Un día, alguno de ellos lanzó un:

—¡Viva Chile libre!

Un carabinero lo alcanzó a coger del brazo y le anunció que iba preso.

—¿Por qué?

—Desacato a la autoridad. Subversión.

Cara de sorpresa:

—¿La autoridad no quiere que Chile sea libre? —y ante la perplejidad policial—: Conste que lo dice usted.

—Bueno... que no se repita —trepidó el carabinero.

Una mañana, mi padre se metió al Liceo de Talca a compartir ideas con los cursos más altos. Los invitó a salir con él. No sé cuántos chiquillos lo siguieron, entre las quizá tibias protestas de sus profesores. Desempegaron un pedazo de Alameda e hicieron barricadas. Sobre ellas volaban banderas desafiantes y lemas contra el dictador. Llegó la policía, apropiadamente *a caballo*, enarbolando largas lanzas con puntas de acero. Como en Fuenteovejuna, todas a una, las voces jóvenes volaron sobre el parapeto:

—¡Libertad, libertad!

Igual sucedía por todo el territorio. Al fin, incapaz de mirar a su pueblo a la cara, el valeroso general Carlos Ibáñez se fugó del país disfrazado de civil y con el nombre ficticio de Domingo Aránguiz.

Las huestes del general

En Talca habíamos visto crecer la hueste de cesantes del general Ibáñez. Tengo en la retina a una familia (imagen tal vez hecha de varias que vi entonces): marido, mujer, hijos, descalzos y en harapos. Golpean a una puerta, o se sientan en la acera o en un banco de la plaza, de un escaño en la Alameda. Llevan latas conserveras vacías; en ellas cuecen no sé qué guisos de olores repugnantes. Forman cola frente a casas cuyos dueños aceptan socorrerlos.

Llegaron a cuarenta mil en todo el país, y parecía que no paraban de emigrar desde el norte, del gigantesco desastre de las salitreras. Al verlos, como quien da una voz de alerta ante un peligro, se murmuraba:

—Cesantes.

—En Santiago es mucho peor —decían los Mayores.

A cada rato veías indigentes. Unos pedían “un cinco” (cinco centavos) de limosna. Otros, defendiendo una dignidad no menos en guiñapos que ellos, peregrinaban por la ciudad para ofrecerse a trabajar “en lo que le haga falta” a cambio de unas sobras de almuerzo, zapatos usados, ropa vieja. En el Chile actual cuesta más plata que

entonces la pobreza. Cuando hoy *no se tiene nada*, se tiene mucho más que en aquel tiempo.

Un pobre del siglo XXI puede no vestir andrajos, ni caminar descalzo, ni morir de hambre. Y quizá tenga radio o televisor.

Sucios, tristes, desolados, los pobres de los años treinta apenas contaban con qué cubrirse. Llevaban los pies desnudos, o en ojotas, o calzaban restos de algo que alguna vez fue cuero. A los cesantes les costaba pedir. No era lo suyo. Les dolía seguramente el que su aspecto provocara miedo a alguna *gente bien*. Corrían rumores de robos en carros o góndolas. “Se habían entrado” a tal o cual casa. Se les atribuían asaltos en las calles.

Algunas mentalidades medievales los culpaban de la epidemia de tifus exantemático que hubo entonces.

—Encima de la crisis, tifus —mi abuela Susana se abismaba; también ella acudía al refranero—. ¡Como el que cae y se aplasta!

Se susurraba que los cesantes, en venganza (¿venganza de qué?) llenaban de piojos unas cajas de fósforos y las tiraban ventana adentro de autos, tranvías, buses. En clubes y tertulias, unos caballeros solemnes expresaban su alarma ante “la amenaza de un reventón social”. Volvía a penarnos el fantasma de La Situación.

—Esto es un barril de pólvora.

El peligro estaba en las víctimas, parece: no en la miseria que padecían.

La tía Antonina daba cuanto tenía a mano, a quien pudiera. “Tomad *estor* panecitos”, ofrecía con su cerrado acento de Castilla la Vieja. Pero aun ella recomendaba cerrar bien la puerta de calle, “no sea que alguien suba y nos dé un susto”. En aquella época y aquel contexto, *alguien* se refería a un cesante.

Fue un sacudón oír, un día, que mi papá era uno de ellos.

Pensiones y pensionistas

Recuerdo tan solo las palabras, no el momento, ni tampoco quién las habrá dicho.

—¿Qué es de Guillermo?

—¿Guillermo? Cesante todavía.

¡También él había cogido la epidemia!

La familia ayudó a paliar el daño. No ha de haber sido fácil: nadie de los nuestros era rico ni libre de problemas. Y mis padres tenían su orgullo... Al tiempo de llegar de Talca, mi papá fue a trabajar en la tienda de ropa de mi tío Vicente Jiménez, en San Diego 298. Le encargaron las cobranzas. Solía invitarme a acompañarlo.

—¿Quieres venir?

Conocí suburbios como Vivaceta, Renca, o el entonces pueblo aparte de Maipú. Un día incluso viajamos en tren hasta Buin, y para mí fue una especie de aventura.

Siempre llegábamos a casas pobres, donde se palpaba y se oía la escasez.

—¿Podría esperar al viernes?

Mi padre, incómodo:

—Es que...

—La próxima semana le abono algo.

Aún no se usaba la elegante expresión *renegociar las deudas*, para postergar los pagos. Por lo demás, ni mi papá ni sus clientes deben de haber creído en la tácita promesa.

—Bueno... —se resignaba él—. ¿Cuándo vuelvo?

—El viernes.

—¿Sin falta?

Lo miraban tan solo.

Nunca fue un cobrador eficaz: se ponía demasiado en lugar de esas mujeres o esos hombres sin recursos. Había sido cesante. Comprendía por dentro su fino pudor de la pobreza. Había bien poca diferencia entre ellos y él.

Gracias a las cobranzas, sin embargo, pudimos dejar la casa de la tía Antonina. Nos fuimos a vivir, independientes, en una pensión de la calle Las Heras esquina Dieciocho.

Fue otro acercamiento a la intrahistoria. Lo llegaría a entender años más tarde.

Había una enorme cantidad de gente que vivía, y convivía, en pensiones. Fueron parte de toda una cultura de los años treinta y cuarenta. Y el fenómeno venía de antes. La novela social de aquella época refleja el ambiente, su mezcla de sordidez, inestabilidad, conflictos humanos, solidaridad. Incluso amor, romántico y del otro.

En esas casas, a menudo ruinosas y opresoras, se las arreglaba para subsistir un grupo humano cuyo ámbito incluía a obreros, empleados y aun aristócratas empobrecidos, como en *La chica del Crillón*, un clásico sobre el tema, de Joaquín Edwards Bello. En nuestro itinerario conocimos a gente muy distinta: un profesor y su familia, un escritor que nunca más oí nombrar (y de quien conservo un libro), un capitán de ejército en retiro que había combatido en la guerra del Chaco, unos franceses que obviamente “eran finos”.

Frente a nuestra residencial —ese era el nombre que le daban— se erguía el Palacio Cousiño. Viejo ya, no antiguo todavía; su fachada cubierta por el polvo sucio que aportan las ciudades. Era resto de la época en que ese fue un sector elegante de Santiago. La pensión misma —el edificio— tal vez perteneciera en un comienzo a gente rica: hoy eran piezas tristes, descuidadas. Pasillos oscuros; ventanas al sur, por donde nunca entraba el sol. Igual que el prestigio del barrio, sus puertas, muros y entablados decaían a ojos vistas.

El Santiago de clase media y alta empezaba a desplazarse hacia el oriente; dejaba atrás todas estas construcciones donde aún se veían los signos de vanidad de sus anteriores dueños. Nosotros mismos duramos poco en esa pensión. La segunda fue en Miraflores y la tercera en Lira, a tres cuadras de mi colegio: el Instituto de Humanidades, en la esquina con la Alameda.

El comienzo de la sabiduría

El Instituto constituye una etapa compleja de mi exilio. Y de mi aprendizaje político, y de otro de mis atisbos tempranos de intrahistoria. Me daba miedo tener profesores—hombres. El rector, el ministro, se veían severos. El edificio, inmenso; descomunal, si uno lo comparaba con el hogareño colegio San Tarcisio, donde empecé a estudiar en Talca. Otra diferencia que me intimidaba: los cursos, acá, pasábamos de treinta. Acostumbrado a dos, tres o cuatro compañeros, tuve la sensación de hundirme en una muchedumbre. Un par de veces me confundí de sala y entré en corral ajeno.

—Es nuevo —sonreían sin hostilidad.

Quizá se daban cuenta de que aparte de nuevo era extremadamente pavo.

No dejó de ser gracia llegar al Instituto. Los principales colegios católicos tenían fama de ser para gente de buena familia o de buenos ingresos. Nosotros no éramos buenos por ninguno de esos lados.

—Ni jaibones ni platudos —se enorgullecía mi padre.

La enseñanza particular tenía cierto prestigio. También cierto carácter exclusivo. San Ignacio, el Liceo Alemán, los Padres Franceses se consideraban entonces reductos de clase alta. Con lo que nosotros “ganábamos”, cualquiera de ellos quedaba fuera de nuestro alcance.

Como en la lotería, sacamos terminación.

A comienzos de siglo, el arzobispado de Santiago decidió fundar un colegio menos caro y más abierto, que hiciera el contrapeso al laico Instituto Nacional. El Humanidades acogía a alumnos clase de media y media baja. Logró crear un clima de mayor tolerancia que otros colegios religiosos. Sin embargo, en su insignia se leía, encerrando a las iniciales I. H. entrelazadas, una divisa alarmante: *Initium sapientiae timor Domini* (“El comienzo de la sabiduría es el temor de Dios”).

La idea de fondo de este lema no era hacernos sentir a Dios como amenaza ni espantarnos con él, sino propiciar en nosotros una reverencia hija del asombro. Aun así, ya iba a ver yo que para algunos de nuestros educadores la relación entre temor y sabiduría era menos liberal y más literal. Años después he descubierto que la escuela pública de El Royo —el pequeño pueblo español de donde es mi familia materna— tiene grabada en piedra, en el frontis, la misma severa frase latina.

Hoy sé que es una cita del Libro de los Proverbios. En varios sentidos resulta emblemática de una mentalidad de la época.

No escaseaban los sacerdotes que traducían *timor* no por temor reverencial sino por miedo cervical. Recuerdo prédicas escalofriantes en que un director espiritual amenazaba a los adolescentes con los daños que la masturbación causaba a la larga en el organismo. Debilidad, descalcificación. Tuberculosis. Vejez decrepita. Y luego de ese calvario en vida, morir en pecado era pasar el puente al infierno.

—¡Por una eternidad! ¿Ustedes saben lo que es eternidad?

No sabíamos. Quizá éramos demasiado jóvenes.

A propósito de eternidad y de infierno, con frecuencia nos infligían anécdotas edificantes. Una, la de no sé qué noble inglés que pecaba sin inmutarse ni acogerse de inmediato al sacramento de la confesión, que era lo tradicional entre creyentes como él. Si le advertían del peligro, declaraba que ya iba a arrepentirse a la hora de morir. ¿Para qué más? No tuvo tiempo. Un día, cabalgando por la orilla del Támesis, su caballo dio un brinco, lo botó y él murió en pecado.

—Ni que decir que no alcanzó a arrepentirse.

Ni que decir, pero ¡con qué pertinacia nos lo decían!

Dueños de casa ajena

Aunque nunca fuimos legión, en el Instituto de Humanidades hubo partidarios de don Pedro Aguirre Cerda. Lo eran por línea paterna, lo mismo que yo. Sentíamos la necesidad de ser cautos. Para oídos de derecha, un Frente Popular acá equivalía al “caos de la República” española. Ser aguirrista no era más fácil en el colegio que al lado afuera: algunos profesores y muchos compañeros creían a pie juntillas en la ecuación conservador—católico—franquista.

Durante las horas de recreo discutíamos apasionadamente. En la pensión, en cambio, las veces en que almorzábamos o cenábamos con alguien más —lo que no sucedía siempre, por fortuna—, había que no herir. O sea, callarse en algunos temas.

Cuando —una vez más— nos mudamos, hubo un golpe de timón. Mi madre trabajaba en la Caja de Empleados Particulares. Con su sueldo y las comisiones que mi padre recibía por sus escuálidos y renuentes cobros, pudimos arrendar casa. Los dos ganaban poco y la casa no fue grande. Estaba en Lastarria, al lado de la iglesia de la Vera Cruz. Era de adobe, en una inverosímil forma de triángulo rectángulo. A falta de pasillos, las piezas daban a un patio cuadrado, de baldosas, que miraba a su vez a la calle. Tenía un lujo: el parrón. No había livin: tan solo comedor, un par de dormitorios, y un baño precariamente recortado a expensas de la cocina.

En el vecindario se mezclaban desde residencias señoriales o ex señoriales a viviendas de veras pobres, o casi; como la nuestra.

El barrio era más afín a los de provincia que a los buenos de Santiago. Igual que mis compañeros de colegio, muchos de nuestros vecinos provenían del sur o del norte del país. Ya en las pensiones había ocurrido igual: nunca faltaba entre nosotros un Martín Rivas. No creo que nos diéramos cuenta de que aquello formaba parte de un proceso. Hoy, sociólogos e historiadores lo estudian y lo explican y quizá lo simplifican, y dan cifras del fenómeno de migración de provincianos a la capital.

En nosotros, aquel no fue fenómeno sino experiencia del día a día. Intrahistoria.

Nuestra familia tuvo que apretarse para pagar arriendo. Nos instalamos a principios de agosto. El 15, mi regalo de cumpleaños me recordó un mágico episodio de nuestra vida en Talca: durante la crisis de Ibáñez, los Reyes Magos solo me trajeron unos libros y cuadernos que usaría en marzo, cuando entrara al colegio. Los acompañaba una carta que me infló de orgullo. La firmaban Melchor, Gaspar y Baltasar, nada